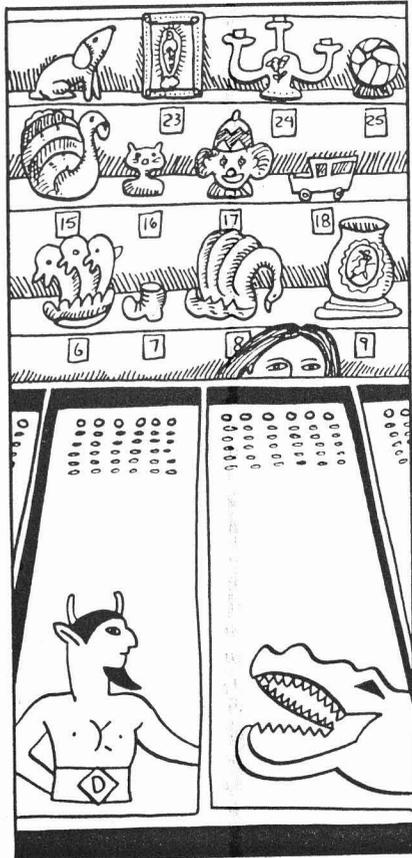


LIBROS

la iglesia represora incide en la noción de culpa que nutre la segunda historia.

Este universo, nos dice el narrador en una pausa que separa las dos primeras partes de la novela, "no incluye el concepto de muerte por accidente". Hay siempre una intencionalidad, un designio, una participación mágica en todo lo que ocurre. Y eso, nos señala, sucede también en nuestra vida cotidiana, la que refleja el segundo relato, la historia de un adulterio inserto en un presente postfranquista al que se alude varias veces en la novela como en un propósito de ubicarlo temporalmente. Pero esa ubicación no es sólo referencial: dada su preocupación moral, la novela atiende precisamente a la pasada herencia que se arrastra desde siglos en España pero que bajo el franquismo tuvo su ápice: la represión en las costumbres. "Entre todas las cosas que andan mal en España —hace siglos— la que peor anda, no cabe duda, es el eros", decía Rosa Chacel en frase que Ferrer utiliza en un epígrafe y de la que el relato se convierte en involuntaria ilustración, en prueba al canto. No importa la edad del hombre o de la muchacha, no importa siquiera la diferencia en edad, o el hecho de que él esté casado, o que sobre ella pese una figura paternal castradora, férrea, dictatorial (sea o no voluntad de Ferrer, a un nivel simbólico ésa es la figura de Franco sobre España entera): lo que importa es la total ausencia de futuro para una relación libre. Dicho de otro modo:



esa relación no puede ser libre sino condicionada por una sociedad que la estremece en la amenaza, la empuja hipócritamente hacia la clandestinidad y la asfixia bajo el anatema de la culpa. Y esto no es sólo el producto de la censura franquista sino de la historia hispánica, de sus valores ancestrales que la iglesia y el estado implantaron intentando eternizar y convertir en esenciales. Por eso el presente es terrible —nos dice la novela— y a la pareja le ofrece, entre muy pocas alternativas, una de rebeldía anárquica: el pacto suicida, la muerte como resolución de la vida.

La otra alternativa está bien mostrada en la novela, para cada uno de los personajes, porque precisamente de ella huyen, por causa de ella se han encontrado. Para el hombre, es el hastío: "larguísimo y tediosos años de un tiempo vacío, años y lustros en los que parecía no ocurrir nada en el país". Para la muchacha, un futuro pre-sagiado en la figura de la madre: "Vencida simplemente. Borrada. 'Se ha estado muriendo su corazón de tanto obedecer', pensó Maíta. Pensó en los ojos grises, extinguidos, amarrados por la subordinación, por el incesante gesto de asentimiento". La visión de la vida española que entrega esta novela es sin duda sombría, del mismo modo que su resolución narrativa, la que al unir su extremo con el principio, con el relato africano, nos hará preguntarnos: ¿se ha convertido la muchacha en el "león nómada"? ¿Representa ella a una nueva España, que renace de una muerte aparente, de un "pacto" mortal con que destruye a la apática y derrotada España del pasado? El narrador confiesa, en la pausa ya citada, que ese final de su novela le obsesiona: "Sobre todo de noche, después del crimen o accidente, siento mucho miedo, y hago y deshago el epílogo de esta historia interminable".

No es *El gran gozo* la mejor novela de Ferrer, aunque sí una de las más inquietantes; y esa inquietud está dada por la simultaneidad de dos niveles: el de la historia pasional, llena de angustias cotidianas aunque también transida por la presencia de una muerte inútil, y el que, subyaciendo esa historia, nos entrega una reflexión no menos angustiosa, no menos atribulada: la de un escritor español ante su país actual, ante los límites de una libertad planteada pero que se ha intentado vanamente atrapar.

47
-PSICANALISIS, RAMIREZ S
-RAMIREZ S, PSICANALISIS
CRÓNICA DE
UN DESNUDO T7 VMETO

Santiago Ramirez / Santiago Ramirez C. Ajuste de cuentas. Ed. Nueva Imagen, México, 1979.

POR SANTIAGO GENOVÉS;
Y PACO IGNACIO TAIBO;

Uno de los autores de esta breve ensayo (SG) se hallaba ausente del país al aparecer el libro de Santiago Ramirez, y ha leído de una sentada los numerosos comentarios y polémicas que ha suscitado. El

otro (PIT) estaba aquí y fue tomando conocimiento de lo que se escribía y comentaba a medida que transcurría el tiempo. Por ello, por creer que así se logra un mayor equilibrio, y por pensar que es uno de los libros más importantes del año —a pesar de sus sólo 131 páginas nos abocamos a los comentarios que siguen.

¿Por qué uno de los más importantes del año? Porque ocurre pocas veces que un hombre de verdadera estatura, de conocimientos y pensamientos tan amplios como especializados, se desnude en público. Al hacerlo, toma para sí el derecho de decir sus verdades más verdaderas: que el psicoanálisis no es ciencia, no es historia, no es técnica: es, como Medawar —Premio Nobel y gran pensador— definió a la antropología, “una forma de ver, de acercarse a las cosas”. La diferencia —menor— estriba en que el antropólogo ve y el psicoanalista oye, sin que ello quiera decir para nada que el psicoanalista no ve o que el antropólogo no oye. Santiago Ramírez no “ha dado el tiro de gracia a las instituciones psicoanalíticas del país” como reza el titular de un periódico. No ha dado el tiro de gracia a nadie. Ha tenido una conversación lúcida, abierta, clara desde la ambigüedad, único ámbito posible para entender en esta y otras áreas del conocimiento.

Estamos con él —y con Freud— cuando expresa que la intuición poética antecede, casi siempre, a la explicación científica: desde San Juan a León Felipe, desde Carroll a Saint-Exupéry. Nos saca Santiago Ramírez de las creencias erróneas de que el psicoanálisis cura, como cura la penicilina. Nada más falso. El psicoanálisis —es uno de los temas centrales de su conversación— constituye la forma más válida de acercamiento para conocer la personalidad: eso es todo. Eso sí es. Ante una medicina comercializada —de la que se ocupó el padre de Santiago Ramírez de manera menos cabal que, más recientemente, el gran Ignacio Chávez—, Santiago Ramírez ni siquiera protesta, sólo fija el hecho, que todos conocemos, de que pagamos por tener un interlocutor —psicoanalista— sea éste válido y eficaz o no. Y los psicoanalistas se han sentido ofendidos: puntualizan, explican, proporcionan datos acerca de sus ganancias. ¡Pero si Santiago no os ha atacado en la forma que podría fácilmente llevarse a cabo!

Cuando, hace ya más de un siglo, Darwin publica *El Origen de las especies* se le critica de inmediato porque “dice que venimos de los monos”. Darwin, tan cuidadoso como S.R., incluye sólo, años después, una frase más o menos críptica en el prólogo a la 6ª edición, en la que dice: “esta obra podrá dar alguna luz sobre el origen y la evolución del hombre”. Pero la sociedad victoriana de entonces, como la psicoanalítica de hoy, se siente agredida, insultada, ofendida. Porque en el fondo nos sentimos más o menos cambios; como los psicoanalistas, en el fondo, se sienten más

o menos “gurús”. Esto es: que más o menos funcionan en tanto que poseen un valor, una sensibilidad, una intuición, una paciencia personal, unos conocimientos de vida —vívida o leída— que va más allá de los diplomas de universidades o de instituciones *ad hoc* que cuelgan de las paredes de sus consultorios. Nos diferenciamos de los changos —en gran parte— por razones semejantes a las que diferencian a los psicoanalistas de los “gurús”. En concordancia con lo que expresa S.R. de Freud, y con lo que estamos totalmente de acuerdo, ya lo decía Machado:

Si lográsemos reconstruir la metafísica de un chimpancé o de algún otro más elevado antropoide, ayudándole cariñosamente a formularla, nos encontraríamos con que era esto lo que le faltaba para igualar al hombre: una esencial disconformidad consigo mismo que lo impulse a desear ser otro del que es, aunque, de acuerdo con el hombre, aspire a mejorar la condición de su propia vida: alimento, habitación más o menos arbórea, etcétera. Reparad en que, como decía mi maestro, sólo el pensamiento del hombre, a juzgar por su misma conducta, ha alcanzado esa categoría supralógica del deber ser o (tener que ser lo que no se es), o esa idea del bien que el divino Platón encarama sobre la del ser mismo, y de la cual afirma, con profunda verdad, que no hay copia en este bajo mundo. En todo lo demás, no parece que haya en el hombre nada esencial que lo diferencie de los otros primates (véase Abel Martín: De la esencial heterogeneidad del ser).”

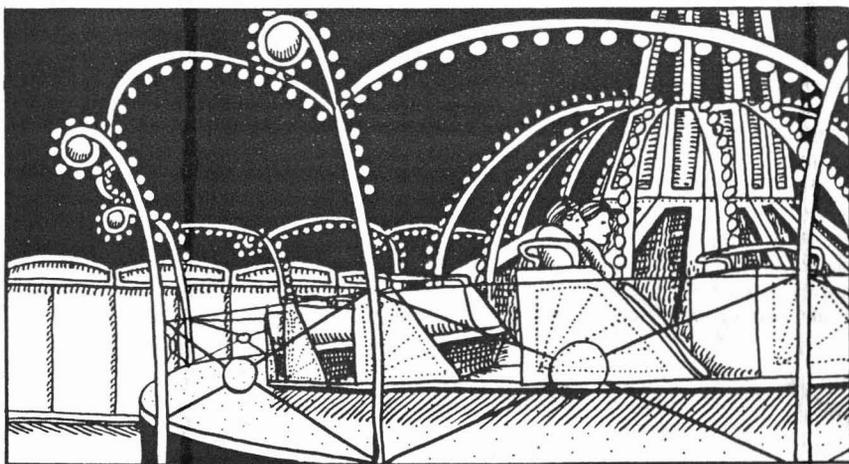
Juan de Mairena
Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo. 1936.

Es éste un punto central en el discurso de S.R.: la ciencia es la ciencia, con su metodología, su técnica, su replicabilidad, su rigurosidad. Pero el conocimiento será siempre un concepto más amplio que el del conocimiento científico que constitu-

ye, hoy, no obstante, la mejor forma que poseemos de adquirir y de transmitir conocimiento. Dado el auge y las ventajas del conocimiento científico —que nos saca de la charlatanería tonta— estamos empecinados, así, empecinados, en que todo conocimiento tiene, *a fortiori*, que ser científico para ser válido. Pero Freud se dirige, “al viejo”, a Goethe, cuando se halla ante un callejón sin salida. Como S.R. se dirige a Carroll, nosotros, con frecuencia a San Juan, los sociólogos y psicoanalistas, psicólogos, sociólogos y antropólogos, deberían dirigirse más a Cervantes, Shakespeare, Dante, Virgilio, Joyce, Proust, etc., lo que hace, (hacemos) con absurda poca frecuencia.

Ante tanto libro pomposo en el que se proponen soluciones —de ciencia o fuera de ella—; ante tanto libro lleno de convencionalismos, la duda, la sencillez, lo directo de la conversación de S.R. es un ejemplo, un ejercicio, que nos serviría a nosotros, y a los demás, si nos atreviésemos a realizarlo nosotros mismos desde la incompreensión, contradicciones y limitaciones, de las áreas de estudio que cultivamos: nos entenderíamos mejor, entenderíamos más. Pero sucede que no nos atrevemos. A nuestra edad, casi la de S. Ramírez, comenzamos a pensar que hay que seguir su camino, y exponer, abiertamente, dónde se está, dónde estamos, y no dejarlo para ociosas e inútiles conversaciones menores. Lo que ha hecho S. Ramírez es un análisis tan sencillo como profundo, de toda una gama de pensamientos. Si lo de S. Ramírez se realizase —con otros hombres o mujeres—, una vez por semana en televisión, lograríamos dos cosas: cambiar la televisión, y, a lo mejor, también cambiar al país, sin duda mejorándolo. Sin aspavientos, con elegancia, sin pesadez, con una cierta alegría, sin composición, con conocimiento, y, sobre todo, sin esa definitividad con que se nos suele tratar de hacer pasar por verdades lo que a todas luces no lo es.

Santiago Ramírez realiza un “ajuste de cuentas” consigo mismo, con su vida, dentro de su actividad profesional. En un ámbito lleno de suspicacias, de no cuestionar seriamente la validez de lo aprendido en el pasado, y menos aún lo que enseñamos en el presente, viviendo de lo uno y de lo otro. En un ambiente científico en el que por seguridad de vida, por comodidad, por



edad, se olvida que Unamuno con su "du-
do, luego existo" es más válido, más fun-
damental que el cartesiano "pienso, luego
existo", y que lo de Unamuno se toma por
crítica política, por crítica menor, por crí-
tica a los demás, cuando en realidad no es
sino sanísima autocrítica, sincero autoexa-
men.

Claro que nos hubiese agradado que S.
Ramírez tocara con alguna amplitud tem-
as como el psicoanálisis y el cine —mudo
o hablado—. La relación e importancia, si
la tiene, de la violencia que se exhibe en
T.V. o en los cines, y la formación de la
personalidad. La violencia desde el punto
de vista psicoanalítico. Algo sobre violen-
cia y personalidad; algo sobre comunica-
ción no-verbal, personalidad y psicoanálisis,
etc. A este pero, habría que contestar
que cuando un profesionalista conversa se-
riamente, y de dichas conversaciones surge
un libro, no se puede complacer a to-
dos.

Tanto desde el cine y desde el periodis-
mo (PIT), como desde la antropología
(SG), nos interesamos, desde hace años,
en las relaciones entre nuestro campo de ac-
ción y trabajo directos, y psicología, psi-
quiatria y psicoanálisis.

Una serie de autores comienzan, hace
ya tres décadas, desde ángulos tanto fisi-
ológicos como psiquiátricos y psicoanalí-
ticos, y aun filosóficos a cuestionar, a aden-
trarse, tanto en a dónde nos lleva el racio-
nalismo como en los orígenes y naturaleza
del irracionalismo. (Luckas, Merleau
Ponty, Bronferbrennes, Frankel, etc.).
Más recientemente, hace poco más o me-
nos una década, surge el movimiento an-
tipsiquiátrico (Laing, Basaglia, Agel), al
mismo tiempo que el de contracultura
(Roszak) y el de poner en duda buena par-
te de la investigación sociológica que se
venía realizando (Régner, Genovés, An-
dreski, etc.). En 1970, el propio Fromm pu-
blicó *La crisis del psicoanálisis* y un año des-
pués Galdstone *La interfase entre psiquia-
tría y antropología*. Anzieu y colaborado-
res en el '72 por un lado Lagache en '73
por el otro, nos sitúan, hace apenas un
lustro, en donde estamos hoy en psicoaná-
lisis, coincidiendo en gran parte con el S.
Ramírez de hoy. Y a partir de la obra de
Jones (1971), para muchos el discípulo
más imparcial y mejor conocedor de la
obra de Freud, surgen críticas tan objeti-
vas como válidas a la enorme obra de éste
(Wortis, Steiner, etc.). Por último, hace
sólo un par de años, Weiss valoriza el re-
surgimiento de la psiquiatría biológica.

Psicología, psiquiatría y psicoanálisis
son áreas de investigación y práctica dis-
tintas —lo que con frecuencia se olvida—
pero íntimamente interrelacionadas —lo
que, igualmente, se olvida con frecuen-
cia—. Lo que ha realizado S. Ramírez es
volvernos a situar, recapacitar hoy, desde
dentro, acerca de dónde estamos hoy, sin
asumir criterios de autoridad, convencio-
nalismos científicos o pseudocientíficos

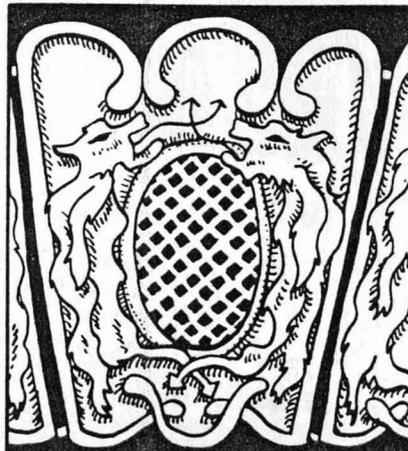
LIBROS



ayer válidos, pero sin vigencia actual. Esto
no es cualquier cosa.

Freud mantenía que el motor que mue-
ve al mundo en el sexo —elemento muy cen-
tral de psicoanálisis—, Unamuno pensaba
que era la envidia. Seguramente, son mu-
chos los motores que mueven al mundo, y
no uno sólo. Pero nuestro sentimiento al
leer el librito de S. Ramírez es el de la sana
envidia, si es que existe. Envidia porque
S. Ramírez ha realizado lo que en más de
una ocasión casi todos hemos elucubrado
decir, algo semejante, algo en relación a
nosotros mismos en nuestra profesión,
pero no nos hemos atrevido.

Envidia por realizarlo con elegancia,
con pulcritud, sin zaherir a nadie, sin en-
trar en los casi siempre inevitables detalles
enojados que marcan nuestras relaciones
profesionales con los demás. Envidia
—mayor— porque son contados los que
tienen un hijo con el que poder conversar
en la forma en la que lo hace S. Ramírez.
Envidia —menor— por no ser hijos de S.
Ramírez y poder conversar con un padre
así. Ramírez no posee la carencia, el des-
balance, que caracteriza a la familia mexi-
cana: "exceso de madre, poco padre y ex-
ceso de chaviza". En grado mucho menor
que S. Ramírez nos desnudamos aquí. Que
los buenos psicoanalistas, si así lo desean,
realicen el diagnóstico correspondiente, y
nos ajusten las cuentas.



GARRIDO "CANIBAL", EL PRETOR

48 T? PGOB
Martínez Assad, Carlos / El laboratorio de la revolu-
ción. El Tabasco garridista. Siglo XXI, 1979, México.

POR BERNARDO LIMA ← A

El México prostrevolucionario de los años
treinta se significó, entre otras razones,
porque fue una época en la que se llevaron
a cabo ciertos "experimentos" sociales
propios de una etapa de reajustes, de bús-
quedas y definiciones. Esta posibilidad
tuvo su origen (y sus limitaciones) en la es-
tructura de poder impuesta por Obregón y
Calles, ya que los dos generales sonorenses
gobernaron apoyándose en una serie de
alianzas con los caudillos regionales. Pro-
ducto y herencia de las diferentes luchas
armadas derivadas de 1910, estos jefes lo-
cales gozaban de una determinada autono-
mía, que les era permitida a cambio de su
probada fidelidad al jefe máximo.

En estas condiciones (o reglas del juego)
se desarrolló la acción de Tomás Garrido
Canabal, el gobernador de Tabasco que
por sus excesos anticlericales y su política
educativa puso en boga un extremismo
que la historiografía oficial, seguramente,
encuentra incómodo. Al deliberado silen-
cio hay que agregar la dificultad para defi-
nir una política ecléctica, quizá intuitiva,
caracterizada por un monopolio del poder
que logró crear, sin embargo, organizacio-
nes populares como las Ligas de Resistencia
que reunían a obreros y campesinos, lo
mismo que la agrupación juvenil de los
"Camisas Rojas" de actuación claramente
fascista.

Carlos Martínez Assad, autor de *El la-
boratorio de la revolución. El Tabasco gar-
ridista*, ubica al dirigente tabasqueño
como la expresión típica de un radicalismo
burgués, que en nuestro país pretende en-
contrar sus antecedentes ideológicos en la
Guerra de Reforma y en la Constitución
del 57. El autor sugiere que la formación
política de Garrido se debió, parcialmente,
a Carrillo Puerto y Salvador Alvarado,
los socialistas yucatecos con quienes cola-
boró, así como al general Francisco Múji-
ca, el promotor de los artículos constitu-
cionales más radicales del Congreso de
1917. Sólo que en este caso el medio social
donde se manifestó dicho jacobinismo fue
diferente al del resto de la nación: en Ta-
basco los misioneros españoles no realiza-
ron una fecunda actividad evangelizadora
pues, en esa zona la religión católica nunca
llegó a tener el arraigo distintivo de los
estados del centro de la república. Si a lo
anterior se añade que las comunicaciones
terrestres eran inexistentes, se comprende
que el aislamiento favoreciera las iniciati-
vas regionales.

La consolidación de Garrido Canabal
como cacique del sureste se debió a su
perspicacia política, ya que optó por per-
manecer al lado de Obregón y Calles cuan-
do se declaró la rebelión de Adolfo de la
Huerta. Posteriormente, con la derrota de
éste, quedó asegurada su posición dentro
del grupo gobernante. Martínez Assa